

Camino a la felicidad

Autora: Noelia Asparuhova Mihaylova

Camino a la felicidad

Dicen que después de la tormenta sale el sol. Después de las lágrimas llega la alegría y después de la lluvia, el arcoíris, pero en mi vida nunca ha sido así. Empezó a llover cuando nací y desde entonces hasta ahora siguen cayendo gotas en mi mundo. Se han formado mares y océanos que llegan desde el este al oeste y las nubes siguen grises. Necesito que esta tormenta en mi vida, que se lleva por delante a todo y a todos a los que me acerco, pare ya, porque creo que una gota más será el detonante para terminar con todo, una gota más y los océanos se desbordarán. Por todo esto, necesito expresar todos mis sentimientos y contaros una vida muy gris y oscura, con la intención de despertar de esta pesadilla.

Bueno, empecemos desde el principio.

El 1 de enero de 1969, una joven de 17 años dio luz a un niño, al cual le llamó Ruth, que significa misericordia. Aquella joven había cometido un gran error. Se había enamorado locamente del padre de Ruth y ella abandonó todo, incluso su familia, para poder estar con él. Él era un muchacho de 19 años, muy rico y prestigioso, pero él nunca la quiso de la forma que ella lo hizo. Al cabo de unos meses, después de tener a Ruth, el padre se cansó de hacer de padre y también de su novia, por lo cual los abandonó. La joven llamada Patricia, sufrió mucho ese cambio, pero como una mujer y madre fuerte, decidió vivir por su hijo. Consiguió encontrar un trabajo como camarera, en el que no le pagaban muy bien, pero ella estaba contenta ya que le dejaban llevarse a Ruth. Vivían en una pequeña y antigua casa en la que no tenían ni agua corriente y muchas veces les cortaban la luz, ya que no podían pagarla.

Cuando Ruth creció y empezó el colegio, todos se reían de él, ya que iba con ropa sucia y desgastada. En primero de Primaria, empezó a sufrir acoso escolar. Él no decía nada, para no inquietar a su madre, ya que veía que ella tenía suficientes problemas y no quería preocuparla más. Los niños le encerraban en el baño, le pegaban, rompían su ropa, le insultaban... Y él solo se callaba y apretaba sus ojos para no ver lo que estaba sucediendo. Después salía corriendo, llorando hasta su casa. A pesar de todo, Ruth siempre había sido un buen chico, era un genio en las matemáticas y siempre intentaba llevarse bien con los profesores para que su madre estuviera orgullosa de él. Y así era, Patricia se sentía muy orgullosa de él, decía que era su única alegría.

Aunque Patricia era muy buena madre, Ruth siempre había echado de menos a esa figura paternal. De pequeño le costó entender por qué él no tenía padre. Su madre siempre le decía que su padre había ido a buscar un lugar mejor en el que poder vivir todos juntos y que algún día volvería para llevárselos y vivirían todos juntos, felices. Ruth siempre pensaba sobre la historia que le contaba su madre, hasta que un día en tercero de Primaria, se dio cuenta de lo que había sucedido. Era el Día del Padre, en el colegio había un taller en el cual tenían que escribir una carta a sus padres. Ruth escribió la carta más larga de todos sus compañeros. La maestra quiso que Ruth la leyese delante de toda la clase y eso hizo él. Todavía recuerdo esa carta, palabra por palabra:

Papá, hoy es tu día. Hoy es el día en el que he decidido hablarte por primera vez. Sé que no podré dártela, ni podrás leerla, pero yo sigo con la ilusión de que algún día podré dártela. Sé que has ido a buscar un lugar mejor en el que mamá, tú y yo podamos vivir mejor. Otro lugar en el que hay paz todos los días, otro lugar en el que seremos felices todos los días. Te echo mucho de menos, también quiero tener un padre que juegue al fútbol conmigo, que me lleve en su coche y que me cuente chistes con los que nos reíamos toda la noche. Ah, y también quiero que me des un beso antes de acostarme. Aunque ya lo hace mamá, yo quiero que tú también lo hagas, porque realmente lo necesito.

Estoy dispuesto a esperar todo el tiempo que sea necesario para poder tenerte. Mamá te necesita, aunque ella nunca lo muestra, porque es una mujer muy fuerte. Por las noches, antes de acostarme, siempre la veo llorando mientras observa vuestra foto. Vuelve ya, por favor, quiero que sepas que eres nuestro héroe, el que os salvará de este pozo, como hace Superman.

Te espero con todo el amor del mundo.
Tu hijo Ruth.

Cuando Ruth terminó, la maestra estaba llorando. Fue entonces cuando se levantó uno de aquellos chicos que le pegaban y dijo que su padre no era un héroe: "Les abandonó porque no les quería".

En ese instante todo su mundo se derrumbó, las lágrimas borraron de sus ojos y salió corriendo con la carta en la mano.

Él saltó la valla del colegio y se dirigió al lugar en el que trabajaba su madre. Cuando llegó, empezó a gritar, llorando como nunca antes, diciéndolo que dónde estaba su padre y por qué le había mentado. Su madre intentó explicarle lo que pasó, pero Ruth no quiso escuchar su explicación, arrugó la carta que todavía llevaba en la mano y la tiró al suelo. Acto seguido, salió corriendo de nuevo. Patricia cogió la carta e intentó correr detrás de él, pero no lo alcanzó y lo perdió de vista. Ella se sentó en el suelo y empezó a leer la carta. Al empezar, tan solo al pronunciar la primera palabra "papá" ya empezó a llorar. Ella se sentía muy culpable de lo sucedido. Siempre había querido asegurarle una buena vida en la que no le falte nada. Y no le contó lo de su padre, ya que creía que era muy cruel hacerle pensar a un niño tan pequeño que su padre se había ido sin importarle nada. O quizás porque ella tampoco quería pensar eso, Patricia seguía igual de enamorada como el primer día que lo vio, aún después de todo lo que le hizo pasar.

Ruth corrió sin parar hasta llegar a una pradera en las afueras del pueblo en el que vivían. Ese sitio era maravilloso, había un lago lleno de cisnes, un campo enorme con hierba muy verde y viva. Lo que más le llamó la atención fue un enorme árbol de más de cien años, con un columpio hecho con una rueda y una cuerda fuerte.

Él sacó todo lo que tenía dentro gritando, recordando cada golpe, cada decepción, cada dolor hasta entonces. Sus lágrimas corrían por su rostro como una fuente. Finalmente, cuando ya no le quedaba más voz, ni lágrimas, un viento suave empezó a soplar. Fue entonces cuando Ruth sintió algo nuevo, algo que nunca antes había sentido. Se sentía libre, sin preocupaciones, se sentía feliz por primera vez en años. Ahí no estaban esos niños que le pegaban, ni padre que lo abandonó, no había nadie, tan solo estaban él y un suave y profundo viento que hacía sentir volar.

Por la noche, él volvió a su casa y su madre que estaba muy preocupada lo recibió con los brazos abiertos. Se abrazaron y lloraron juntos sin decir una palabra, hasta que su madre le susurró en el oído: es verdad, él se ha ido, pero yo estoy aquí y nunca te dejaré, viviré por ti y lucharé para verte sonreír. Sé que no soy tu padre, pero yo también jugaré al fútbol, te contaré chistes y te daré el doble de besos por la noche, porque tú eres mi todo y siempre lo serás.

Los siguientes diez años, todo siguió igual. Patricia cumplía su promesa todos los días. Ruth seguía sufriendo acoso, pero con la pequeña diferencia que conoció a una nueva chica. Ella se llamaba Abbie. Ella era una chica africana, la cual había perdido sus padres y había pasado casi toda su vida en un centro de acogida de niños abandonados. Hasta que una familia de investigadores españoles la adoptaron y la llevaron a vivir a España. Sus nuevos padres no tenían un lugar fijo en el que vivir, un día estaban aquí y al siguiente quizás se encontraban en la otra punta del mundo, ya que su trabajo lo exigía de tal forma. Abbie y Ruth se conocieron el primer año de instituto. Ella era una chica muy simpática y agradable, pero tenía problemas con el idioma y algunas asignaturas. Los profesores pidieron a Ruth que la ayudaran, ya que él era el mejor de la clase e incluso sin pensarlo mucho, diría que el mejor de todo el instituto. A Abbie desde el primero momento le había atraído Ruth, pero ella no se daba cuenta ya que vivía en su mundo de preocupaciones. No tenía tiempo para nada, ya que pasaba la mitad del día en el instituto y la otra mitad trabajando para ayudar a su madre. Hasta que un día, ellos quedaron para hacer un trabajo de filosofía en casa de Ruth. Allí Abbie vio la foto de los padres de Ruth y le preguntó que si eran sus padres, y comentó que parecían muy enamorados. Ruth se calló, y solo dijo que la mujer de la izquierda era su madre y que el hombre de al lado se había muerto para él. Abbie confusa, preguntó qué había pasado. Ruth no quiso contarlo, quizás porque no quería recordar lo sucedido de nuevo. Fue entonces cuando Abbie le dijo que no se preocupara, que si no quería contárselo que no lo hiciera; sin embargo, ella le contó su historia. Le dijo que ella había perdido a sus padres cuando tuvo dos años. Sus padres eran esclavos en una casa y un día los vieron muertos con heridas por todas partes, producidas por golpes con una especie de cuerda con la punta de hierro, similar a la que utilizaban para los caballos.

Así que ella pasó muchos años en un orfanato, hasta que un años atrás unos desconocidos la adoptaron y la trajeron a vivir a España.

Ruth pidió disculpas a Abbie por lo sucedido y contó su historia, confió en ella, era la primera vez que lo contaba a alguien, ya que ella lo entendía mejor

que nadie y él la entendía a ella. Los dos sabían que era vivir una vida sin los miembros de su familia. Y así con el tiempo, empezaron a salir más, hablaban de diferentes temas y así se hicieron muy amigos. Pero como todas las cosas en la vida de Ruth, no duró mucho. En unos meses Abbie tuvo que mudarse a Inglaterra, por el trabajo de sus padres. Para Ruth fue muy difícil asimilarlo. A él le había costado tanto hacer amigos y ahora resultaba que su única amiga, la persona en la que había confiado y la única persona que sabía entenderlo, se iba. El último día que estuvieron juntos, Ruth le hizo un regalo a Abbie. Él la llevo a aquella pradera que descubrió el día en que se enteró que su padre le había abandonado. Y allí le dio un cuaderno hecho de tela e hilos. Al abrirlo se dio cuenta de que se trataba de un libro escrito por él. La portaba que estaba hecha a mano era un retrato de Abbie con dos estrellas en la mano, que simbolizaban a sus padres. El título del libro era "las estrellas de Abbie". Ella se emocionó mucho al ver aquel enorme regalo que le había hecho su amigo. Sin decir nada y con lágrimas en los ojos lo abrazó, recomponiendo cada trozo roto del corazón de Ruth y sobre todo dejando una marca que jamás desaparecerá. Después de todo aquello, Abbie le dio algo a Ruth. Era una carta y también una pulsera que había hecho ella con unas piedras especiales que eran de lo único que le quedaba de África. Ella le dijo que no abra la carta hasta que llegue el momento oportuno, en que la necesite. Antes de irse, ellos estuvieron hablando, de los planes que tenían para el futuro. Irían a buscarse y después crearán una casa en ese mismo sitio, donde vivirán juntos, ayudando a todos los niños abandonados y tratándoles como sus propios hijos.

Los dos eran muy soñadores, les gustaba ver el futuro como algo nuevo y grande. Eran niños, aunque habían vivido cosas muy duras, la infancia es algo que nadie les podía quitar. Y soñar es algo que lo caracteriza. Cuando Abbie se fue, Ruth se quedó en aquel lugar. Sentado, mirando ese profundo lago, pensando en cómo sería su vida ahora sin la compañía de su única amiga. ¿Quién le dará esos abrazos? que pegaban todos los pedazos de su corazón, que siempre permanecía roto ¿Quién lo haría reír? Y ¿quién lo comprenderá? De nuevo estaba solo, en el mismo lugar con el mismo viento que hubo aquel día. Mirando el mismo paisaje, con el mismo dolor que lo destruía. Sin ninguna salida, y con muchos pensamientos que lo comían por dentro. La vida, una vez más, le demostró que no le iba a permitir ser feliz. Pero aún así, él siguió luchando por algo, algo o nada.

Los siguientes años que pasaron no fueron muy diferentes. Ruth seguía sin sonreír y sin casi hablar. Solo lo mantenía algo en este mundo y era su madre, la cual cada vez iba perdiendo más fuerzas. Hasta que un día, en concreto el 2 de marzo de 1978, Ruth ya tenía 18 años y era el día de su graduación. Patricia estaba muy orgullosa, ella había luchado, años tras años, para conseguir lo que iba a suceder ese día. Eran los once de la mañana, Ruth llegaba tarde a la preparación y ensayo de la graduación. Su madre le había despertado más tarde, ya que ella misma se durmió, porque la noche antes estuvo trabajando hasta más tarde para poder conseguir el dinero necesario para la fiesta de despedida de su hijo. Ruth se enfadó mucho con ella, ya que le había pedido que lo despertara a tiempo. Le dijo que no podía confiar en ella, que no sabía hacer nada bien y muchas más cosas que después se arrepintió de haber dicho o siquiera pensado. Pero él estaba muy nervioso y tenía mucha

prisa, salió y cerró la puerta que fue la última vez que lo hacía. Ya que su madre sufrió un ataque de corazón y se murió en ese mismo instante. Ella ya tenía problemas de corazón pero ahora fue producido más fuerte.

Ruth que no sabía nada de lo acabado de suceder, se sentía culpable de la discusión que tuvieron, por eso esperaba que Patricia apareciera a la graduación para poder pedirle perdón.

Era su turno, cuando alguien le llamó por el teléfono y le dijo la mala noticia. Ruth salió corriendo, como aquel día en tercero de primaria, con la carta en la mano y el corazón destrozado. Cuando llegó a su casa, estaban sacando a su madre en una camilla, estaba cubierta con una capa negra. Las enfermeras hablaban a Ruth, pero él no escuchaba nada. Su mundo se destrozó una vez más, pero esta vez no había trozos, todo su corazón estaba hecho cenizas que se las llevaba el viento.

Él salió corriendo de nuevo, dirigido a aquella pradera, gritaba con todas sus fuerzas, lloraba y golpeaba aquel árbol. Gritaba diciendo: mamá, ¿dónde estás?, me lo habías prometido, me dijiste que vivirías por mí, me dijiste que serías mi madre y padre ¿por qué te has ido? Gritaba pidiendo perdón, pero sabía que su madre se había ido por su culpa y ya jamás volverá. Su único motivo de vivir se había ido, ya no le quedaba nada. Su padre se fue cuando era pequeño, Abbie también se fue, y ahora también su madre se había ido. Y ninguno iba a volver, para recomponer su corazón. Así que cogió un cristal que había en el suelo y decidió acabar con esta vida dolor y sufrimiento. Pero cuando se hizo la primera herida, el viento que hubo cuando se enteró de lo de su padre, el mismo que hubo cuando Abbie se fue, estaba allí y se llevó ese cristal.

¿Qué pasó con Ruth? No se murió alguien tuvo mucha misericordia por él. ¿Pero, qué hizo, como continuó su vida? Se encerró en una caseta, de la que no salía. Solo miraba la pared y le daba cien mil vueltas a las cosas. Y así ya han pasado 2 años.

¿La historia de Ruth es muy triste, no? Bueno mejor dicho mi historia. Necesitaba contarle a alguien eso, mi vida es un barco que cada vez se hunde más. Necesito cambiar, salir de aquí pero no puedo. Tengo miedo de que la historia de Ruth termine peor de lo que ya ha sido. Cada vez que cierro los ojos veo un fondo negro que no varía nunca. Y tengo miedo de que ese negro termine tragándose las únicas cenizas que me quedan.

Puse punto y envié esta carta a la psicóloga "Teresa Martínez". En cuanto le llegó el mensaje, vino a buscarme. Me dijo, que la lleve a un lugar en el cual me sienta bien para poder hablar conmigo. Yo por supuesto la lleve al único lugar donde me sentía bien, a mi pradera. Nos sentamos en el césped y ella empezó a hablarme. Me dijo que, mi historia la había hecho llorar horas tras horas, sin poder parar. Que había acumulado muchas cosas dentro y que ella iba a intentar ayudarle dando todo de sí misma.

Me dijo que dijera algo que me hacía feliz. Yo le dije que nada. Después me preguntó por algún sueño mío, me quedé callado recordando a Abbie, le dije que mi sueño era ser feliz con mi amiga del pasado Abbie. Teresa dijo algo que me hizo ser libre: todos tenemos algo por lo que luchamos en esta vida. Unos luchan por conseguir una meta, para cumplir un sueño, otros para mejorar como personas o económicamente. Pero eso es lo que nos sostiene en pie, nuestros sueños e ilusiones. Nuestro pasado no tiene por qué estar en nuestro futuro. Todo depende de nosotros mismos, si quieres vivir tu paso y seguir sufriendo, puedes quedarte así. Pero si quieres cambiar, vive sueña, sal y persigue tu sueño. No te conformes con la tristeza. Sonríe cuando todo va mal y di que puedes cuando todos dicen que vas a caerte. Sobre todo, no tengas miedo a caer. Porque cuando tropiezas saltas unos metros más adelante en tu camino, y aunque estés herido puedes levantarte. Puedes cambiar tu mundo y puedes plantar un árbol a base de cenizas. Porque ellas se quedan abajo, en tu pasado. Arriba está tu fruto, búscalo.

Después de de decir eso, me dijo que se iba para que pueda estar solo reflexionando y después que la llame para decirle que he elegido.

Me quedé solo de nuevo, estoy muy cansado de ser consumido por los problemas. ¿Y si Teresa tiene razón? ¿Yo también puedo ser feliz? ¿Hay algo en este mundo que pueda hacerme sentir orgulloso de vivir? Pero lo que más me hundía, era pensar ¿cómo había perdido tanto años de mi vida, sin hacer nada para mejorar? El tiempo pasa y yo sigo aquí mirando el oscuro pasado de Ruth. Pero, sabéis algo, aquí termina el pasado de Ruth. Hoy he nacido de nuevo. Y estoy dispuesto a luchar para conseguir mi meta: "ser feliz".

Fui en busca de la carta de Abbie. La encontré en el cajón que guardaba cosas que no necesitaba a diario. Esa carta le recordaba tantos momentos, la leí y cada palabra de mi amiga me hacía sentir más decidido de hacer lo que estaba dispuesto a hacer. Al final de la carta aparecía su número de teléfono. La llamé y le conté todo sin reservarme nada. Ella dijo que este fin de iba venir a verme. Sabía que quería compartir el resto de mi vida con Abbie, así que compre el anillo, cuando estemos juntos estoy dispuesto a hacer lo que me hará feliz, en ese momento y para siempre.

Tres años más tarde:

Cada día me levanto más feliz de lo que estuve ayer, y tengo miles de razones para estarlo. Tengo a Abbie mi eterna compañera de vida, la persona que me hace feliz y aquella que con un solo abrazo recompone todo mi corazón. Juntos hemos creado una familia grande, con muchos niños abandonados por sus padres, que ahora son nuestros hijos. A cada uno le damos nuestro amor y ellos nos dan el suyo. Que eso es otro motivo para sonreír. Vivimos todos juntos en una casa que he construido yo en nuestra pradera, la cual hemos llamado "viento de gloria". Todos los días miro aquel lago que me trae tantos recuerdos de errores del pasado, que me han hecho crecer. Teresa Martínez, mi psicóloga, me aconsejó que publique un libro con mi historia. Y este fue un gran éxito por todo el mundo. Ahora soy escritor, padre de muchos hijos, esposo de una hermosa persona, hijo de mis queridos

padres, que aunque ya no estén aquí, los sigo queriendo y valorando, pero sobre todo soy una persona feliz.

Trabajo con jóvenes que tuvieron mi situación y les ayudo a cambiar. Les ayudo a ver la vida de otra forma, como un regalo De Dios. Y eso me llena todos los días. Ahora sí puedo decir que tengo un corazón recompuesto, lleno y libre. Con sus heridas que me sirven para ver mis errores y recordarme que no debo de caer de nuevo. Así que vivid y recordad que no sois uno más en este mundo, sois especiales y únicos. Os merecéis ser felices.

Autora: Noelia Asparuhova Mihaylova